

**Reseña de Acha, Omar, *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*. Buenos Aires, Herramienta, 2012, 208 págs.**

**ANDREA RAINA (CONICET)**

Doctoranda de la Universidad Nacional de La Plata

La Plata, Argentina

[andrearaina@hotmail.com](mailto:andrearaina@hotmail.com)

Omar Acha expone, desde el comienzo, los objetivos fundamentales de este texto programático para una política de la historia crítica y una “nueva” historiografía argentina. El diagnóstico que lo conduce a la necesidad de un programa sistemático de transformación del pensamiento histórico, sus prácticas y estrategias políticas, se basa fundamentalmente en combatir la hegemonía de la *razón progresista* vigente. En sus palabras:

“...el medio ambiente político e intelectual en que vivimos, hoy en la Argentina, es de un progresismo genérico compatible con variadas adhesiones intelectuales que discuten todo, menos su común rechazo de la crítica revolucionaria del capitalismo. Despuntar los temas historiográficos en el combate de las ideas, que ocultan mal las divergencias políticas implicadas, apunta a contravenir el consenso reformista en la cultura nacional” (pág. 13).

El autor critica desde adentro tanto el campo historiográfico específicamente como el campo de la intelectualidad de izquierda argentina en general. Lo hace con una actitud propositiva; su texto es, como se afirmó, programático. Con un estilo narrativo propio, el libro despliega un análisis crítico y provocador de los campos que interpela tensionando al máximo las diferencias entre espacio profesional y público para dar cuenta de la incoherencia y de lo indeseable de esta división. Acha abre el debate y otorga respuestas provisionales, nos da herramientas para pensar y realizar la tarea a la que convoca colectivamente: un *revisionismo histórico de izquierda*.

El libro se estructura en dos partes; en la primera “Trances del Bicentenario” realiza una genealogía de la hegemonía progresista actual, indagando fundamentalmente en torno al 2010 como contexto propicio que permitió comenzar a pensar la necesidad de un revisionismo histórico de izquierda.

Al trazar la genealogía, condición histórica y circunstancia actual del progresismo intelectual argentino despliega sus rasgos característicos. Detalla dos genealogías diferentes; por un lado el *progresismo socialdemócrata*, que se define desde un desacuerdo tajante con el pasado militante de los ‘60 y ‘70 que caracteriza de “mesiano” o “jacobino” quitándole cualquier sentido. Este progresismo no mantiene ningún puente con su pasado marxista-revolucionario; define a la militancia revolucionaria como encriptada en su época y de esta manera se distancia de ella. Es culturalista y estatista. Por otro lado el *progresismo nacional-popular* proviene de una tradición peronista que osciló entre un reformismo y una innovación sociocultural; aunque se encuentra cercano al populismo no lo aproxima sin embargo a posturas anticapitalistas o revolucionarias.

Acha analiza y describe la trayectoria histórica de ambos progresismos desde el “cataclismo experiencial” que significó el golpe militar del año 1976. De forma simplificada podemos decir que, desde ese momento, el devenir progresista de marxistas y peronistas se refunda en una generación que comparte la experiencia de la dictadura y la certidumbre de que los paradigmas sesentistas y setentistas se han convertido en objeto de historia; certidumbre compartida de un fracaso militante. Continúa analizando los vaivenes entre ambos progresismos en las décadas del

'80 y '90 en la Argentina hasta que en el año 2003 el panorama cambia y se funda la compleja experiencia intelectual actual del país. Las dos figuras hegemónicas que han surgido en este trayecto, que reflejan dos momentos claves de la democracia argentina, son el alfonsinismo y el kirchnerismo. Centrándose en este último, como situación contemporánea de difícil análisis, Acha convoca a cuestionarse la intangibilidad de los valores de la democracia capitalista, repensando conceptos históricos establecidos como derechos humanos, inversiones extranjeras, gobernabilidad, etc. Este cuestionamiento es planteado sin embargo, y a pesar de la fuerte adjetivación del autor, como necesidad de dialogo con estas generaciones ya que es necesario evaluar y decidir qué es aceptable de esas progresías para producir un pensamiento radical.

El panorama de la izquierda intelectual en torno al Bicentenario no ha sido muy halagador. Sin desalentarse, Acha emprende el camino de “reconocer la desnudez de nuestros pies en el desierto [para poder] calzar las suelas que nos permitan dar los primeros pasos en el reverdecer de la esperanza” (pág. 37). Básicamente, en ese momento no se pudo proponer una alternativa crítica capaz de iluminar la historia nacional y latinoamericana desde un punto de vista propio. En su diagnóstico, Acha evalúa que esto se debe a que la izquierda ha atravesado una crisis política – luego de las derrotas de las últimas décadas en el país que la ha convertido inevitablemente en un fragmento menor del panorama político–; y una crisis ideológica –en tanto crisis de sus análisis histórico-materialistas, es decir una evidente crisis del marxismo. Mientras la izquierda intelectual nacional se siga apoyando en dicotomías superficiales utilizando nociones como colonialismo o imperialismo donde se trazan diferencias abismales y simplificadas entre “buenos” y “malos”, no será posible una construcción general de la historia nacional para poder hacer frente a los actos de memoria como el del Bicentenario. Pero el problema no termina allí si tenemos en cuenta que el ámbito académico ha “cedido” de alguna manera un casillero para la investigación de la historia “subalterna” bajo sus condiciones institucionales y subjetivas dominantes. Como afirma Acha, mantenerse al margen no es una opción actual. El asunto se centra en que la confluencia entre historia y política debe situarse no sólo dentro del campo académico o fuera de él. La tarea fundamental se centra en generar las condiciones para que *nuevas prácticas político-culturales* (soportes e instituciones que posibiliten nuevos circuitos de lectura, debate, financiamiento y reconocimiento) nos conduzcan a replantear las convicciones historiográficas y teóricas vigentes en la producción de conocimiento y sentido. Se trata, nada más ni nada menos, de generar una *nueva cultura política de izquierda*.

En la segunda parte del libro, analiza los “ademanos revisionistas” que intentaron colmar la vacancia historiográfica presente en la Argentina desde el año 2000. Indaga en los orígenes y características del progresismo historiográfico, ubicando allí la iniciativa kirchnerista de una especie de “revisionismo oficialista” a través del lanzamiento del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano Manuel Dorrego.

En un doble movimiento el autor afina sus objetivos y apunta a un nuevo interlocutor, definiendo claramente lo que entiende por revisionismo:

“Un revisionismo histórico verosímil plantea bastante más que el uso de imágenes históricas vendedoras y diferentes de una “historia oficial” supuestamente liberal. Un revisionismo cuestiona el pasado pero sobre todo el presente, pues sabe que la historia se escribe desde las perspectivas de la actualidad. O más exactamente, desde una crítica del presente con el objetivo de alterarlo” (pág. 78).

Este cuestionamiento debe ser además y fundamentalmente colectivo; por ello Acha interpela, en este apartado, a una *nueva generación* de investigadores en la que deposita una fuerte esperanza de recuperación de pensamiento vigoroso y radical. Los aportes potenciales de una nueva generación son claves en el sentido de la posibilidad de plantear nuevas preguntas dentro de los marcos existentes para comenzar a romper conceptualmente con el paradigma vigente. De esta manera, “el colectivo” encargado de la tarea de la hora -un revisionismo histórico de izquierda- debe

integrarse tanto por la intelectualidad de izquierda como por los investigadores jóvenes capaces de generar una fractura teórica con las perspectivas hegemónicas. No es una tarea fácil, de esto es prueba el propio kirchnerismo que, aún con un importante apoyo de intelectuales y la disponibilidad de recursos, no lo ha logrado.

En su análisis programático Acha continúa con la definición clara de quiénes son los enemigos para llevar adelante esta meta y cuáles son las formas de comenzar a transitar este camino: “El desafío para pensar una crítica de la historia desde la izquierda no proviene del “neo-revisionismo”, sino de la enorme maquinaria del sistema universitario, del establishment académico” (pág. 101). Como se advirtió en la primera parte, no se trata de quedarse al margen del campo, sino de comprender que la historiografía académica no va a disputar una política de la historiografía que ponga a prueba los fundamentos de su propia existencia. Por el contrario, el pensamiento histórico contemporáneo ha desarrollado un paradigma de “historia contributiva” donde se ubican los estudios a sectores históricamente desplazados como capítulos que completan una historia que ahora los “incluye”.

Para combatir este panorama, Acha plantea como primer punto repensar a Marx. Se debe retomar la idea marxista de que una crítica de la Historia implica una transformación revolucionaria de las condiciones materiales de existencia. El autor aboga por un concepto crítico de Historia, entendiendo que el Capital es el padre de la historia y para criticarlo es necesario poner en cuestión a la historia y a la historiografía, como producto mediado por las exigencias del mismo. Este legado marxiano no ha sido tomado por la intelectualidad de izquierda argentina y por ello, Acha evalúa que, ha sido esquiva a las consideraciones de revisión histórica. De esta manera la crítica marxiana de la historia constituye el núcleo teórico del revisionismo histórico de izquierda, diferenciándose tanto del marxismo tradicional como de su neutralización posmoderna.

El principal desplazamiento en el debate que plantea el autor es que en lugar de discutir las *interpretaciones políticas de la historia*, debemos ahondar en las *políticas de la interpretación histórica*. Y con este ejercicio termina el libro, con el apartado “Dilemas de una violentología argentina”, inmerso en el estudio de los trabajos que abordan la década del ‘70 y preocupado por las perspectivas interpretativas que definen a la violencia como el horizonte de experiencia característico de esa época. Sitúa las coordenadas teóricas e ideológicas de esas perspectivas y concluye que se tiende a fundar una “violentología” para la década del ‘70 que implica considerar a la violencia política como dato empírico de una realidad pasada, de una “época desquiciada”. Concluye, justamente, que estos estudios otorgan una fuerte prevalencia a la violencia por ser parte de aquella generación refundada en los valores democráticos de los ‘80.

Con esta matriz de nuestra historiografía debemos romper, con la certeza de que un revisionismo histórico de izquierda implica un posicionamiento político-ideológico pero también una reformulación de la política de la historia que se replantee el legado marxista para una verdadera radicalización cultural y política.